

A Cerezo Vallejo

Dib. CEREZO VALLEJO. — Pamplona.

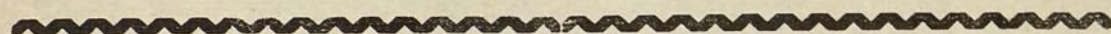
ENTRE CATEDRÁTICOS

- ¿Están ustedes pensando en los suspensos que hemos dado?
- Estamos pensando en los suspensos que nos darían nuestros discípulos si nos examinasen ellos a nosotros.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA



ÉL.— ¿Ha leído usted la autobiografía de Payore's?

ELLA.— Creo que no... ¿Quién la ha escrito?

(De Judge, de Nueva York.)

CUPÓN

correspondiente al número 93

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

A los « pierdetiempistas »

Nigromante, nuestro ilustre colaborador, se permite el lujo de veranear en Portugal, y desde allí nos envía los originales para esta plana de pasatiempos.

Ignoramos por qué razón no ha llegado esta semana a nuestro poder la carta en que *Nigromante*, al mismo tiempo que sus jeroglíficos, nos envía, para darnos envidia, los precios a que en Figueira da Foz se cotizan las sardinas y demás *aves de corral*.

En el número próximo, normalizada ya la situación, continuaremos publicando como siempre la «Sección recreativa de BUEN HUMOR.»

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

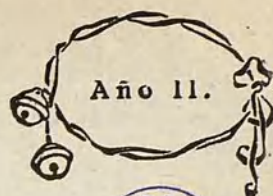
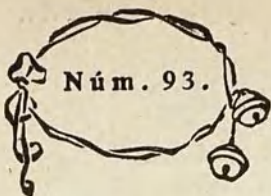


(De The Humorist, de Londres.)

EL HOMBRE QUE
TIRÓ UNA PIEDRA



El santo de papá...
Este es mi regalito.
Todo el mundo sabe que el
JABÓN EN BARRAS PARA AFEITARSE
DE LA PERFUMERIA GAL
es insuperable.
Barra 1.25



CHUCHERÍAS

EL CORAZÓN DEL HOMBRE Y LOS PERROS



El perro es el amigo más fiel que tiene el hombre. Dicen eso. Y media Humanidad lo repite con tono de admiración y hasta casi de orgullo. A mí no me parece, sin embargo, que el fenómeno sea tan extraño. El hombre es el que da huesos, cama, casa, abrigo; que da veterinario y el que quita las pulgas. El hombre es el único animal que sabe tirar piedras a los perros, zurrarles con el bastón y pegar puntapiés con una armadura especial y muy dura, que le refuerza las extremidades y hace más contundentes los argumentos. No tiene, pues, nada de particular, que puesto el perro a escoger entre la amistad o la enemistad del hombre, escoja el camino de la fidelidad, y le parezca preferible el sistema de las zalemas y la adhesión, sistema que le proporciona tantas ventajas y le ahorra tantos golpes.

El perro, además, puede que sienta por el hombre la atracción del misterio. El hombre tiene todas las de la ley para que el perro se sienta sobrecogido y admirado, con esa especie de estupor que se apodera de toda criatura ante un espectáculo incomprensible y arbitrario. El hombre es un ser que silba, por ejemplo. ¿Cómo no ha de agigantarse ante la imaginación del can una hazaña de este porte? El hombre es un animal que para salir de casa necesita empezar a ponerse un forro y otro y otro; se pone un calcetín, y encima de un calcetín un zapato, y encima de un zapato un botín, y puede que encima del botín se ponga un chanclo. El hombre se pone un forro que llama camiseta, y encima otro — la camisa —, y encima otro — el chaleco —, y encima otro chaleco, y encima la americana, y encima el gabán, y se ata el gabán, por fin, con

una tira. Encima de la camisa se pone una tirita de cartón muy reluciente, con una especie de alitas como un pájaro, y encima se hace un nudo con un trapo, y en el trapo se clava un alfiler, y así hasta lo infinito. El perro tiene por fuerza que sentir un sobrecogimiento sagrado ante estas cosas, como nosotros ante los movimientos incógnitos y complejos de la germinación o ante las variaciones inexplicables del destino.

El perro ve que el hombre anda en dos pies, y el perro, además... ¡Qué sabemos, después de todo, los atractivos que nosotros tenemos para el perro! El perro, por lo pronto, se conduce ante todo y decide por el olor. Le gustan so-

bremanera el olor de las porquerías, y acaso el hombre sea la porquería más rotunda y definitiva que pueda encontrar el perro en el planeta.

No tiene, pues, nada de extraño que sea el perro el amigo más fiel que tenga el hombre. Tal vez esa amistad está llena de conveniencia. Pero que el hombre sea el amigo más fiel que tiene el perro, eso sí que merece tenerse en cuenta y comentarlo. Eso sí que es un sintoma elocuente. El perro ladra cada vez que llaman a la puerta; el perro nos molesta, cuando estamos en visita, empeñándose en ponernos las patas encima; y si los señores de la casa le regañan — cosa que no ocurre casi nunca — para

que no moleste al visitante, y al perro le da por obedecer.

— cosa más rara todavía —, se reduce el animalito a inspeccionarnos en silencio, pasando y repansando el hocico a lo largo de nuestra pierna y dejándonos lleno de baba el pantalón de las visitas. El perro destroza todo lo que encuentra, y el hombre le perdona. El perro, por ejemplo, se come un día el pelote del sofá, y el hombre le coge en brazos y se lo lleva, benévolo y paciente, a la inmediata clínica perruna. Al perro le da por no distinguir entre el *wattercloset* y el pasillo, y el amo, en vez de indignarse, llama a la doncella para que acuda a subsanar la conducta del perro. Si a la doncella se le ocurriera hacer igual que el perro, no tendría con ella el amo, a buen seguro, igual benevolencia. Hay algunos seres que se indignan ante semejante desigualdad y les parece una injusticia poco humanitaria. «Se trata de una necesidad», dicen algunos amos de perro, para disculpar al chuchito. Sin embargo, no se ve claro la necesidad que tenga el perro de usar el gabinete o el pasillo para eso. El serrín sirve lo mismo en estos



Dib. SILENO. — Madrid.

casos. «Es un animal», dicen también los amos, para disculpar que el perro no distinga entre la madera del serrín y la del *parquet* dado con cera. Pero tampoco este argumento es argumento; porque también la criada suele ser un animal, y no por eso el amo se hace cargo.

No; la razón de la conducta del hombre es mucho más profunda: el hombre no considera a la criada, porque la criada es un animal necesario, y considera, en cambio, al perro, porque es un animal superfluo; ésta es la cosa. El hombre, como ser superior, aspira a emanciparse de todas las necesidades e imposiciones meramente prácticas, aborrece todo lo que no tiene más remedio que aceptar por necesario y adora lo que no le sirve para nada.

El hombre es el único ser de la Naturaleza que usa bastón y que se está oyendo música tres horas. El hombre juega al ajedrez, toma coñac e inventa la representación parlamentaria. Cosas todas superfluas e incómodas, y, por tanto, codiciables. El hombre fuma, en fin... Si tuviéramos en cuenta esta condición esencial del alma humana, nos explicaríamos muchas cosas y nos evitaríamos no pocos contratiempos y disgustos.

Tú, mujer, por ejemplo, tenlo en cuen-

ta... Si el hombre falta a la fidelidad matrimonial con una puntualidad inexorable, astronómica, no te creas que se debe a ligereza ni a falta de aprecio para tí, su dulce cónyuge... Tú fuiste la preferida siempre, y sigues siéndolo; tú eres para tu esposo tan necesaria como el aire que respira, como el agua al pez, como la madre al recién nacido, como la sangre a la pulga; tú eres para él imprescindible, yo te lo garantizo, te lo juro. Pero, ¡ay!, por eso mismo necesita tu esposo ser te infiel. El hombre está deseando prescindir a todas horas de lo que no puede prescindir, y está suspirando a todas horas por lo que maldita la falta que le hace. Cuando tu esposo, al volver de una infidelidad, te dice, «Yo te necesito, vida mía; eres para mí como mi propia vida, vida mía», el esposo te está diciendo el Evangelio. Pero por eso, mujer, precisamente, precisamente, porque le eres necesaria, y no hay nada en el mundo como tú, tan útil, tan sabroso, tan de ley y tan imprescindible, necesita el hombre, mujer, ir en busca de un chucho cualquiera que se le coma el pelote del sofá, los calcetines, los guantes, la colcha de la cama y la cartera.

[MANUEL ABRIL



Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¡Insolentes!... ¡Qué es esto?... ¡Pegarse en la clase de Aritmética!...
— ¡Chist!... No interrumpa, don Anacleto; se trata de una regla de tres...

NIÑAS MODERNAS

(TIEMPO DE "FOX-TROT")

Mi abuelita, ¡pobrecita!,
se horroriza cuando ve
que me visto a la moderna,
sin camisa y sin corsé.

Pero más se escandaliza
si me ve sin pantalón
y con un traje de punto
de esos de combinación.

Dice que es indecoroso
ese traje de *maillot*,
que de acróbatas es propio,
no de gente *comme il faut*.

Mi vestido, yo le arguyo,
es más cómodo que el suyo;
con él me puedo agachar,
sin miedo a ballenas rotas,

para coger las pelotas
del *lawn-tennis*, y brincar
con muchísimo donaire,
pillándolas en el aire
cuando se las ve botar.

Con mis primas, las Fonseca,
puedo hacer gimnasia sueca
con mayor comodidad,
moviendo en todos sentidos
el cuerpo, sin los vestidos,
que impiden la agilidad.
Además, que el traje holgado
es el más recomendado
por la higiene y sanidad.

Mi abuela y sus compañeras
a la antigua están montadas,
y me causa diversión
ver cómo se escandalizan
cuando yo monto a horcajadas
con mi falda pantalón.

Cuando mi abuela era niña,
dice que usaba basquiña
y el incómodo corsé;
y entonces la aristocracia
bailaba con mucha gracia
la gavota y el minué.

Pero que ahora bailamos,
las que interiormente usamos
la culota o el *maillot*,
bailes muy pocos garbosos,
y demás pecaminosos,
como el tango y el *fox-trot*.

Esto dice mi abuelita
con bastante retintín,
y la pobre se exaspera
si le digo que «A mí, plin».

Luego me dice: «Nosotras
éramos tan recatadas
en aquel tiempo que fué,
que nadie nos vió escotadas,
y el vestido nos cubría
hasta la punta del pie.

»En cambio, ahora vosotras,
siguiendo modas modernas,
enseñáis las pantorrillas,
y cuando cruzáis las piernas
mostráis hasta las rodillas,
y a veces aun más se os ve.

»Vuestro escote es tan abierto,
sin escrúpulo ni obstáculo,
por delante y por detrás,
que pondría al descubierto
un mayúsculo espectáculo
si bajase un poco más.»

Yo replico que todo eso
son señales del progreso
de la civilización;
pues se aviene con la higiene
nuestro traje, porque tiene
una gran ventilación.

Si es verdad que el hotentote,
cuyo traje es todo escote,
vive sano y es feliz,
imitemos al salvaje,
que usa sólo como traje
una argolla en la nariz.

A. CUYÁS ARMENGOL

LA PIADOSA EMBUSTERA

Vedla por ahí. Circula de mano en mano, va de hogar en hogar, se mete en todas partes. Alguien la espera con ansia. Otros la reciben con orgullo. Quién finge desdenarla. Estotro la exhibe con cierta mal disimulada vanidad.

En estos momentos recorre toda la Península. Es la diosa, la que absorbe la atención, la que origina trajines y carreras sin cuento. Miles de hombres, por ella, se inclinan sobre un velador, mientras limpian heroicamente el sudor que les brota de todo el cuerpo. Miente con descaro simpaticón, y hasta a los seres más enemigos de la embustería les fuerza a falsear lo cierto y evidente.

Ella pone en movimiento esa caravana de baúles y muebles que van carretera adelante; ella moviliza los expresos y los mixtos, y da proporciones melodramáticas a las despedidas. Por ella se aguanta la incomodidad del recorrido interminable, del billete caro, de la propina reiterada, del charlatán del vagón, de la comida ardiendo de la fonda, de los insectos locales, de la murmuración del corrillo, de la mosca tenaz y del sol que tuesta. Por capricho de esta soberana se repite todos los veranos la rutina, más protocolaria que sabrosa, del veraneo, muy a menudo con rumbo desconocido. Por ella se va todo el mundo fuera de los Madriles, por la estación o por la carretera, en *sleeping* o en carro. Lo elegante es desaparecer, escapar de esa esclavizadora Puerta del Sol, por la que todas las personas decentes hemos de pasar varias veces al día para poder darnos cuenta de que seguimos viviendo.

Todos la conocemos. Nos burlamos un poco de ella; sabemos que no nos engaña. Al fin, «como la onda, es pérfida» también. Incluso la desdenamos. Y, no obstante, recurrimos a su mediación; utilizamos su embaucadora tercería; la rogamos: «Anda, ayúdanos...» Si prescindieramos de ella definitivamente, ¿qué sería de nuestro empaque mundano? Pues que en este mundo hay tantas gentes a quienes les hace daño nuestra felicidad, nuestro sastré y nuestra despreocupación, vamos a indigestarlas un poco durante el verano. Y entonces, esta aliada nuestra nos otorga favores inolvidables. Ella pone lívido de envidia más de un rostro, y roe más de un corazón, y solivianta más de un hogar, donde la estrechez y la tristeza del bien ajeno envenenan los guisos y los sueños.

Es la perturbadora, la desmoralizadora terrible; la traviesa, que se complace en mortificar; la astutamente buida, que desgarrá, y enardece, y crispa. Cuando llega, promueve un silencio unánime en el comedor. Toda la familia la contempla con atención que pugna por ser desprecio. Paso de mana en mano. Grandísima bellaca, ¡cómo y cuánto miente! Se le nota lo falso de su sonrisa, lo avieso de su intención. Pero, en el fondo, ha he-

cho su mala obra; en vano merece un mohín de asco y de desdén... El aguijón de su embustería se ha clavado en aquella casa, donde la tristeza de no salir de Madrid es como una humillación imperdonable.

En cambio, en otros puntos es acogido con júbilo. Miente lo mismo; pero ¿qué importa? Se cree en ella, se la acata, se la adora, y pasa de mano en mano triunfal, como una antorcha que llenase las almas de luz. Es el postre mejor, por

inesperado y sabroso. Toda la tarde no se hablará de otra cosa. Mil veces la muchachita o la madre volverán a tomarla entre sus dedos trémulos de júbilo, porque para ellas el bienestar ajeno forma buena parte del propio. Suscitará un palique inacabable. Se admitirá su insinceridad como artículo de fe. Y sobada y resobada, mustia y hábil, resplandecerá, hasta la hora de la cena, bajo la lámpara. Es esa postal que empieza diciendo:

«Desde este delicioso rincón, frente al mar...»

E. RAMÍREZ ANGEL



— Oye, ¿no te bañas?
— Para qué, si este traje ya no encoge más.

Dib. URIBE. — Madrid.



Dib. ORTEGA
Madrid.

—Vengo a que me arregle usted el cuello.

—¡Caramba, no puede uno fiarse de los oficiales! Si le corto yo el cuello, no hubiera usted vuelto, seguramente.

HA MUERTO DON ESTEBAN

No sabemos, ciertamente, cómo ocurrió.

Ello es que don Esteban se cayó del tren en que viajaba.

Jamás le perdonaremos tamaña ligereza.

Un niño puede, o mejor, está obligado a jugar por el pasillo, a ensuciar los asientos, a zascandilear con los picaportes de las portezuelas, a sobar los pantalones del más pulcro compañero de viaje...

¡Muy bien! Un niño cae del tren en marcha, y ninguna censura tendremos para él: nos parecerá la cosa más natural del mundo.

¡Pero don Esteban!... ¡El reposado, metódico y sesudo don Esteban!... Don Esteban cometió una incorrección indisculpable.

Por desgracia, no termina aquí el malhadado incidente.

Don Esteban, no sólo se deslizó por la mal cerrada portezuela, sino que, en el colmo de la obcecación, permitió que su cuerpo quedara tendido sobre un riel.

¡Y aun más! ¡Don Esteban no tuvo el

menor inconveniente en que le pasaran por encima de su cuerpo las ruedas del furgón!

¿No es esto inaudito?

Ante tal desafío y tal burla a las leyes de la gravedad, ¿qué habian de hacer las ruedas sino seccionar el cuerpo de don Esteban?

Las ruedas son inocentes.



Así murió esta mañana don Esteban, en el mismo andén de la estación del Norte y momentos antes de parar el correo de Asturias.

Ahora nos toca escribir a su señora dándole la noticia y prodigándole los consuelos pertinentes.



«Señora: Su marido... No se asuste, señora. Por todos los santos, le juro que don Esteban no sufre enfermedad alguna; no padece, en este momento, absolutamente nada. Empeño en ello mi palabra de caballero.

»¿Dirá usted que por qué soy yo, y no él, quien a usted se dirige?

»Atienda, señora:

»Su idolatrado esposo, que en paz descansa, no le escribe por una razón muy sencilla. No es que tenga nada en las manos; nada, absolutamente, créame, señora. Ni en los brazos tampoco, respondo de ello. Y mucho menos en la cabeza. Es en la cintura. ¡Pesa tanto un vagón de ferrocarril!

»En la cintura, sí, señora. El silencio de don Esteban estriba en la cintura. Su marido de usted ha sido atropellado injustamente, inicuaente; yo soy el primero en reconocerlo y en protestar airado. ¡Su marido de usted ha sido atropellado por el correo de Asturias! ¡No hay derecho! Así. ¡No hay derecho al abuso de fuerzas demostrado por el convoy! ¿No está usted conforme conmigo, señora?

»Pero la protesta es ya vana y tardía. No puede remediar que la mitad superior de don Esteban se haya separado definitivamente de la mitad inferior, y que don Esteban, contemplándose en tal guisa, haya fallecido de indignación.

»Porque... momento es ya de decirlo, señora. Su marido... ¡Por Dios bendito, tenga usted calma! Su marido... ¡Valor, señora! Su marido... ¡murió esta mañana! Desde las ocho en punto está usted percibiendo los derechos íntegros de viudedad.

»Don Esteban ha muerto. Pero tranquilícese, señora, que si consuelo puede encontrar algún mortal en estos trances, motivos sobrados tiene usted para consolarse.

»Su marido iba en el último coche de viajeros, y solamente pasaron sobre él las dos ruedas del furgón. ¿Qué hubiera ocurrido de montar don Esteban en el centro del tren, lugar ordinariamente ocupado por los coches de segunda? Que las ruedas homicidas, en vez de dos, hubieran sido veinte. Su dolor de usted debe reducirse, pues, a la décima parte del dolor normal.

»Hay otra razón para que viva usted satisfecha del comportamiento de su marido:

»Su marido no murió en Oviedo ni en ninguna estación de tránsito: su marido no se dejó coger hasta terminar por completo el viaje. ¡Felicítese, que no desperdició ni uno solo de los quinientos kilómetros pagados en la estación de Oviedo!

»Y nada más.

»Deseándole resignación cristiana para soportar tan sensible pérdida, besa sus pies su afectísimo amigo y seguro servidor...»



Nos horroriza sólo el pensar que otra mano inexperta hubiera sido la encargada de revelar este desagradable suceso.

ALFREDO ÁVILA



Caricatura de BON.

*El insigne músico Amadeo Vives,
director de la compañía de ópera es-
pañola que ha debutado en el teatro
de Apolo.*

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

El hombre que más escribe en el mundo es, indiscutiblemente, Muñoz Seca.

Con este motivo se han hecho varios cálculos, por personas desocupadas, encaminados a demostrar la enorme cantidad de papel, tinta y plumas que gasta el eximio dramaturgo.

Reuniendo en paquetes las cuartillas que en un año escribe D. Pedro, y arrojando los paquetes desde un aeroplano, se conseguiría la total destrucción de Berlín y de Nueva York. Con las plumas que al cabo de doce meses estropea el Sr. Muñoz se podrían adornar dos millones de pavos reales; y volcando la tinta que gasta el amigo Seca en el Mediterráneo, podríamos tener otro mar Negro a las puertas de casa.

Pero hay un cálculo recién hecho, y todavía más estupendo que los anterio-

res: Pedro Muñoz Seca ha ahorrado en siete meses cincuenta y dos mil pesetas de tinta, solamente con dejar de poner los puntos sobre las íes y con suprimir unas cuantas haches inútiles.

En Chamalaguapa (Chile Septentrional) se cría una araña monstruosa de catorce patas, que tiene la particularidad de que en su cabeza hay una parte luminosa de una potencia cien veces mayor que la de los gusanos de luz. En virtud de esto, todos los chamalaguapitos tienen arañas para alumbrar las habitaciones de sus casas.

En otro lugar de Chile (el pequeño valle de Opopónax) se cría otro insecto, también muy interesante: es una gigantesca hormiga del sexo masculino, que tiene en su boca una especie de lanza

con la que se defiende de sus enemigos. Este bicho lo llaman los chilenos el hormigón armado.

Eminentes doctores sostienen, con científica seriedad, que todas las cosas que se repiten son altamente indigestas y pueden llegar a producir hasta graves lesiones estomacales. Creemos conveniente recordarlo aquí, para que nuestros lectores lo tengan en cuenta y no se expongan por una tontería a perder la salud.

En España se repite el melón, la morcilla y la música del maestro Guerrero. Ya lo saben, pues, los que quieran evitarse molestias, días de cama, gastos de farmacia y quizás la muerte dolorosísima.

En Alcorcón, como ustedes saben so bradamente, tiene gran importancia la industria alfarera. Sus cazuelas, sus ollas, sus pucheros de barro, son universalmente famosos. Pues bien: no hace mucho falleció en esa villa un eminente filántropo, muy querido de sus paisanos, y el día de su muerte, y en señal de duelo, se suspendió toda clase de trabajos hasta que el sepelio se hubo verificado.

Y miren ustedes por donde, a pesar de la pena que la desgracia produjo, se dió el caso peregrino de que nadie quisiese hacer pucheros, cuando lo lógico hubiera sido lo contrario.

En la India inglesa hay unos árboles de frondosísima copa, y que creo que producen castañas asadas (quizás por la elevada temperatura de aquellos parajes).

Estos árboles, en cuanto tienen treinta años y pasan una mala noche, se caen al suelo todo lo largo que son y no los levante ni un guardia. Dicen que el árbol sufre como una especie de mareo, cuya curación es imposible.

Lo extraño es que con una sola copa, por grande que sea, no se puedan tener en pie. ¡A no ser que les mareen las copas de los demás!

Romanones no sabe montar en bicicleta.

En las ceremonias de enlace de las hembras con los varones se emplean dos calificativos nada más, debiendo emplearse tres.

Cuando interviene la Iglesia decimos que el matrimonio es canónico.

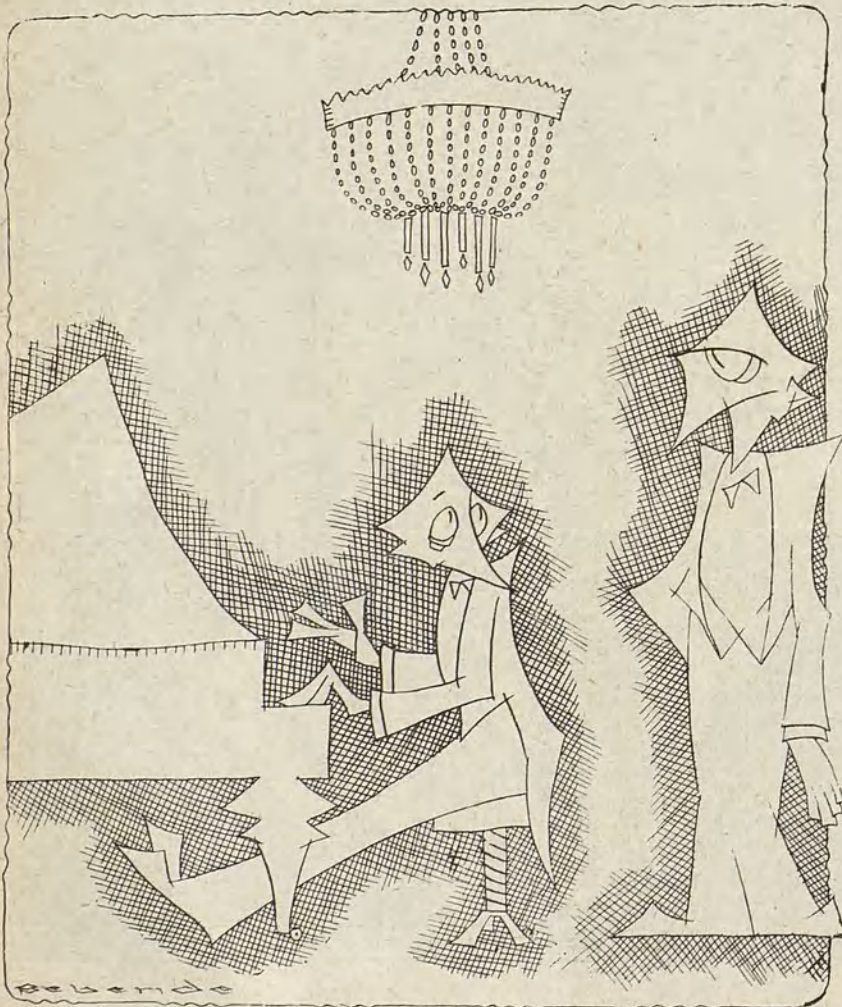
Cuando interviene el Estado le llamamos matrimonio civil.

¡Y cuando no intervienen ni la Iglesia ni el Estado, no decimos nada, y lo debíamos decir!... Proponemos, por tanto, la siguiente división:

Con la Iglesia, casamiento canónico.

Con el Estado, casamiento civil.

Sin nada de eso, casamiento criminal.



— Y usted, ¿sabe tocar el piano?
— No le puedo decir. No he probado nunca.

Dib. BEBERIDE. — Madrid.

NÉSTOR O. LOPE

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA AUNQUE ESTÁ PROHIBIDO EL JUEGO

Hay pocas cosas tan funestas como la obstinación de las multitudes en un error. Cuando, por ejemplo, las multitudes saqueaban e incendiaban los conventos de Madrid, este terrible proceder era fruto de la convicción popular de que las aguas estaban infectadas por gérmenes epidémicos que los frailes depositaban en las fuentes públicas.

Hoy somos víctimas de otro error lamentable, que nos puede llevar a serios conflictos de continuar la gente en esta ciega incomprensión.

Un día, un *ex croupier* del Kursaal de San Sebastián entró en la sala de juego y disparó dos tiros contra el gerente de dicho establecimiento.

Otro día, junto a la mesa de ruleta de la sala de recreos del Gran Casino de San Sebastián estalló un petardo, produciendo la alarma consiguiente.

Estos casos demuestran hasta qué punto la obstinación humana llega en sus errores.

Ignoramos qué objeto se persigue con estos atentados. Sin duda, los autores de tales desmanes viven en la creencia de que se juega en España y, sobre todo, en San Sebastián.

¿Ven ustedes que equivocación más lamentable?

Esos pobres hombres ignoran que el ministro de la Gobernación, señor duque de Almodóvar del Valle, prohibió hace varios meses el juego en toda España, medida que consiguió el aplauso de toda la gente que no juega y de los que juegan y pierden, que son mayoría; y en tal ignorancia apelan a procedimientos violentísimos para hacer una campaña contra el juego.

Es forzoso sacarles de este error. En España está prohibido el juego. En España no se juega en ningún sitio.

Lo que ocurre, y esto puede ser causa de la equivocadísima campaña, es que los antedichos círculos viciosos de San Sebastián, como algunos otros de Madrid y Barcelona, conservan lo que se llamó sala de juego. Naturalmente, la ley no les obligaba a demoler la parte del edificio destinada a este objeto ni a quemar las mesas de tapete verde. Todo se conserva en espera de un cambio de circunstancias.

Por tanto, si el salón está abierto, nada tan lógico como que, en un día de aglomeración, cuando todas las demás dependencias están abarrotadas de gente, unas cuantas señoras y unos cuantos caballeros, todos correctísimos, encuentren una mesa donde tomar su refresco.

Al poco rato de estar sentados allí observarán que la mesa tiene el tapete pintado con líneas que se cruzan y números encerrados en los cuadros

Mientras tanto, otros que están en el centro de la mesa, encontrarán una ruleta, y distraídamente, como la tarde está aburrida y no se oye la música de la terraza, harán girar la ruleta y echarán la bola en sentido contrario. Esto atraerá la atención de los demás, y dirá uno:

— Yo sé, señores, que el juego está prohibido. Lo sabemos todos. Estamos aquí reunidos casualmente. Al ver esa bola caprichosa saltar de un sitio a otro, he pensado en que hay un modo de pasar la noche, esta noche pesada en que todos bostezamos disimuladamente. Vamos a entretenernos un poco. Vamos a jugar; pero sin dinero, como jugaríamos en nuestra casa para pasar la velada. ¡A ver! ¡Un criado!

Un criado se acercará, mientras los circunstantes se miran unos a otros y cambian impresiones satisfactorias encantados de la peregrina proposición.

El caballero dice al criado:

— Vamos a jugar un poco por pasar el rato. Juguemos con garbanzos. ¿Hay garbanzos?

— No, señor. No hay garbanzos en todo el Casino.

— ¿Y judías blancas?

— Tampoco, señor.

— Entonces, no hay nada. No queremos jugar de dinero, ¿sabe usted? Está prohibido.

— Hay fichas, señor.

— ¿Fichas?... ¿De qué?...

— De hueso, de nácar, de metal. Tienen números pintados...: 100, 500, 1.000, 10.000...

— ¡No importa! ¡Traiga, traiga fichas! Señores, ya hay con qué jugar. Tengo fichas; no valen nada. Es igual que garbanzos, y mucho más bonito.



Dib. M. L. — Madrid.

— Ahí tienen ustedes al marqués. Por tercera vez le ha ganado su caballo el Gran Premio. ¿Qué les parece?

— Pues... un animal con mucha suerte.

Así empezarán a divertirse honestamente.

Mientras tanto, los de las mesas cercanas habrán encontrado unas barajas francesas.

Uno propondrá mientras los demás bostezan:

— ¿No saben ustedes el *baccara*? ¡Es muy divertido! Se parece a las siete y media. ¿Ustedes han jugado en invierno a las siete y media, junto al brasero? Podríamos divertirnos, si ustedes quieren. ¡A ver! ¡Ojalá! ¿Hay garbanzos?

De este modo inocente y trivial jugarán unos y otros.

Yo he visto salas de juego así, sin que nadie saque monedas ni billetes. Ruedan y cruzan el espacio fichas de colores. No se juega con dinero.

Únicamente el Casino, con objeto de favorecer al público, abre una ventanilla y enciende una luz. Allí, por cada ficha que le devuelvan los jugadores, da dinero. Más o menos dinero; pero dinero al fin y al cabo, con objeto de que los inocentes jugadores enamorados de

las graciosas fichas, no se las lleven a su casa para que jueguen los pequeños. El Casino no quiere descabalar la colección.

Esto es todo, y por este espejismo de juego hay quien quita y quien pone pe-tardos.

No quieren convencerse de que todo es de mentirijillas, y que hasta el caballero que sale y dice a su amigo «He perdido seis mil pesetas», lo hace por divertirse y divertir a los demás.

Todos saben que no es verdad, que no se gana, que no se pierde; que el Kursaal y el Casino son entidades que dan teatro, cine, conciertos y refrescos gratis sólo por hacer bien. Todos saben que el juego está prohibido en toda España.

Es triste que haya aún quien no lo crea y pretenda dejar por embusteras a las autoridades.

Los que por pobreza de espíritu hacen esto, deben ser perseguidos.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



CARRERAS DE MOTOS

El que ganó la copa.

Dib. MICIANO. — Sevilla.

LOS FANTASMAS

«La fuerza más grande del Universo es el espíritu.»

CHANNING.

Madrid. Sábado. Las seis de la tarde. En un saloncito de cierto Casino hispanoamericano. Carlos Maldonado, cuarenta y cinco años, ex ministro; César Alonso, rico, cuarenta años, y Ernesto Zabalzuda, treinta y seis años, escritor, platican:

MALDONADO. — No comprendo cómo usted, Zabalzuda, que es un hombre cultísimo, puede reírse de estas cosas. Channing dijo que «la fuerza más grande del Universo es el espíritu».

ALONSO (que no sabe nada de Channing). — ¡Naturalmente! ¡Lleva razón! ¡Y Channing era alguien! ¿Eh? ¿Qué dice usted a eso?

ZABALZUDA. — La filosofía, como la escultura, no ha adelantado un paso desde los paganos a nuestros días.

MALDONADO. — ¡Hombrel...

ZABALZUDA. — ¡Lo que usted oye! Los filósofos que han venido después no han hecho sino disfrazar las antiguas ideas con nuevas palabras. Tomás Moro, Proudhon y Renán han imitado a Platón: nada más. Y las doctrinas feministas de hoy, que nos parecen el colmo de la originalidad, las ideó Platón también. *Nihil novum...*

MALDONADO. — Nos apartamos de la cuestión. Channing habla de la supremacía del espíritu, y tiene razón. El espíritu y la materia son inmortales, puesto que en la Naturaleza nada se crea y nada se pierde, según el principio físico... Es posible que el espíritu de un muerto se nos aparezca.

ALONSO (que no sabe nada del principio físico). — ¡Naturalmente! Lo dice el principio físico... ¿Eh?... ¿Qué le parece a usted?

ZABALZUDA. — Desde Budha a Jesús, todas las religiones han hablado de una postvida, de un «más allá», de un premio o un castigo al otro lado de la tumba...

MALDONADO. — Entonces...

ZABALZUDA. — Pero, a pesar de ello, no creo en las apariciones de los muertos.

MALDONADO. — ¿Y si yo le trajese a usted fotografías de fantasmas hechas por mí?

ALONSO (que no sabe nada de ocultismo). — ¡Fotografías de fantasmas!... ¿Eh?... ¿Qué dice usted a esto?

ZABALZUDA (riendo). — Tráigalas el lunes, Maldonado. Me regocijarán extraordinariamente.

II

Las ocho de la noche. Zabalzuda sale del Casino. Lluve. Bajo su paraguas, Ernesto comienza a remontar la calle de Alcalá. En dirección contraria camina Angeles de Urbín, veinti-

cinco años, preciosa, preciosísima, sin paraguas. Zabalzuda, al verla, gira sobre sus talones y se va detrás. En la esquina del Banco de España la aborda.

ZABALZUDA. — Señora... Señora... (Silencio por parte de ella.) Lamentaría que fuese usted señorita, porque las señoras me enloquecen. Y celebro esta lluvia tan pertinaz, porque así puedo permitirme el ofrecerla mi paraguas. (Silencio.) Ya comprendo que el paraguas es un chisme antiestético. Coloquémosle un paraguas entre los dedos a la Minerva del Vaticano, y la convertiremos en algo tan lamentable como una estrella de variétés. Sé que sus cabellos rubios prefulgen de un modo maravilloso al beso del agua; pero me duele que se moje esa admirable capa de georgette que usted lleva con tanta elegancia...

ANGELES (que ha salido a pie para lucir su capa y no ha podido lucirla a causa del aguacero). — Caballero, es usted muy amable.

ZABALZUDA. — Y usted es muy encantadora.

ANGELES. — Pero tenga la bondad de retirarse. Soy una mujer honrada.

ZABALZUDA (a quien se le escapa el pensamiento). — ¿Y eso qué importa?

ANGELES. — ¡Caballerol...

ZABALZUDA. — Quise decir que eso no impide el que acepte usted mi paraguas. Tómelo.

ANGELES. — De ningún modo.

ZABALZUDA. — Yo se lo suplico.

ANGELES (cogiendo el paraguas). — No puedo aceptarlo.

ZABALZUDA (metiéndose debajo del varillaje que Angeles lleva en su diestra). — En ese caso, me retiro...

ANGELES (riendo). — ¡Es usted el Diablo!

ZABALZUDA. — Y, sin embargo, ahora estoy en la Gloria.

ANGELES (mirándole fijamente). — ¿De veras?

(Media hora de charla. Al cabo de la media hora, en un portal del final de la calle de Serrano.)

ZABALZUDA. — ¿Dónde mañana, Angeles?

ANGELES. — Va usted muy de prisa.

ZABALZUDA. — Hemos nacido uno para el otro.

ANGELES. — He sido yo sola quien ha nacido para el otro.

ZABALZUDA (mordiéndose el aire con rabia). — ¡El otro!... ¡Ah!...

ANGELES (sonriendo). — ¡Qué miedo!

ZABALZUDA. — Angeles..., ¿cuándo? (Adverbio delicioso y tremendo para toda mujer.)

ANGELES. — Suba usted y se secará un poco, pobrecito. Le daré una taza de té.

ZABALZUDA (mentalmente, satisfecho). — ¡Ya pareció el tél!

En el ascensor. Al pasar por el entresuelo.

ZABALZUDA. — Es usted exquisita...

ANGELES. — Por Dios...

Al pasar por el primer piso. ZABALZUDA. — Jamás vi una boca tan apetecible...

ANGELES. — ¡Ernesto!

Al pasar por el segundo piso.

ZABALZUDA. — Angeles, nena...

ANGELES. — ¡Oh!...

Al llegar al tercer piso.

Ris, ras, tris... (El ruido de unos besos.)

Dos horas después. En casa de Angeles.

ANGELES. — El me dijo que no vendría hasta la madrugada.

ZABALZUDA (fanfarrón). — ¡Puede venir si quiere! (Suena un llavín, girando en una cerradura.)

ANGELES. — ¡Mi marido!...

ZABALZUDA. — ¡Mi madre!...

ANGELES. — Escóndete en el pasillo, y cuando él entre aquí, te vas. ¡Aun estará el portal abierto!

Ernesto se esconde en el pasillo, que está a oscuras. Entra el marido en la casa; y alejan sus pasos en el interior. Ernesto se dirige a la puerta en puntillas. Tiene la mano sobre la cerradura, cuando en el recibimiento

brotó una claridad súbita. Ernesto pierde la cabeza y un zapato y huye vertiginosamente.

III

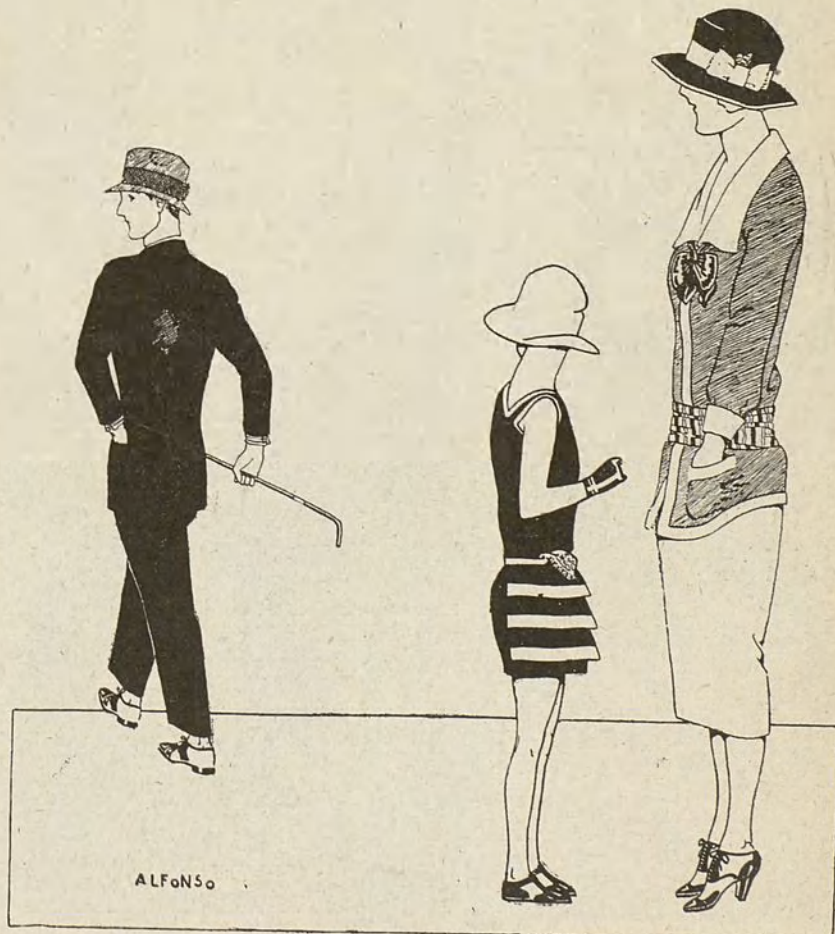
Lunes. Las seis de la tarde. En el mismo saloncito del mismo Casino.

MALDONADO (enseñando unas fotografías en las que se ven unas formas astrales cubiertas por blancos sudarios). — Vea usted, Zabalzuda, estas doscientas cincuenta y seis fotografías, sacadas por mí, en mi propia casa. ¿Channing tiene o no razón al decir lo que dice?

ALONSO. — ¿Eh? ¿Y eso? ¿Qué dice usted a eso?

ZABALZUDA (que se ha reconocido en una de las fotografías huyendo hacia la escalera, envuelto en un salto de cama de Angeles, y que comprende que peor es meneallo). — Es cierto, es cierto... Channing tiene razón. Todo puede suceder, dada la terrible fuerza del espíritu... ¡Pero, caray, doscientos cincuenta y seis fantasmas!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



— ¿Es ese joven Aladino?
— ¿Por qué lo dices, nena?
— Porque lleva una lámpara maravillosa...

Dib. ALFONSO. — Madrid.

SUCESOS DE LA SEMANA

Un loco peligroso.—Ayer no tuvo más remedio que ser detenido por la Policía un infeliz sacerdote que, con hábitos y todo, se lanzó a la calle dispuesto a llevar a cabo una serie de extravagancias que demostraron bien a las claras que se trataba de un desgraciado alienado.

Una de las cosas raras que hizo fué empezar a echar bendiciones en el evacuatorio de la Puerta del Sol, donde

habitualmente se echan cosas muy diferentes. Después se encaminó al hotel de *Chelito*, con la pretensión de confesarla y absolverla de todos sus pecados, produciendo con ello un fenomenal escándalo, pues la mamá de Consuelo se negó rotundamente, alegando que su chica, para una confesión general y un relato de sus cuitas, necesitaba emplear lo menos mes y medio, y eso hablando muy de prisa.

El pobre sacerdote, consternadísimo, dirigió sus pasos al domicilio particular de D. Joaquín Sánchez de Toca, y una vez allí, se empeñó en frotarle por la nariz un décimo de la Lotería Nacional para que la indicada protuberancia le diese la suerte, manifestando que deseaba el premio gordo, y que todos los jobados que conocía, que eran muchísimos, le parecían de mucho menos bulto que D. Joaquín para el fin que perseguía.

No pudiendo tampoco en la casa del prohombre realizar sus propósitos, marchó rápidamente a la plaza de Canalejas, y ante una inmensa muchedumbre empezó a bailar de coronilla con rara perfección.

Seguido de un millar de curiosos se trasladó acto seguido a los grandes almacenes de *El Aguila*, y allí adquirió un traje hecho y un sombrero flexible de seis pesetas, que remitió a casa del general Weyler, con una expresiva dedicatoria.

Y, finalmente, sacando un metro del bolsillo, fué a visitar al Sr. Largo Caballero, con la intención formal de medirle, pues según dijo a los que le rodeaban, él sabía que era Largo, pero deseaba saber cuántos centímetros tenía de más.

En casa del Sr. Largo Caballero le contestó una criada que Largo no se encontraba allí, a lo cual añadió otra que «¡Largo de allí!...»

El sacerdote montó en cólera y empezó a lanzar desaforados gritos de «¡Abajo el socialismo!», «¡Viva el capital!», y «¡Como me caiga el gordo, armo la gordal!», en cuyo preciso momento fué detenido por un cabo de Seguridad y por dos números, desgraciado final que hizo exclamar al demente: «¡Por esos dos números, no me va a tocar la lotería!...»

El señor gobernador civil ha ordenado que el pobre cura (que según los médicos no tiene cura posible) sea recluido en Ciempozuelos; pero el enajenado dice que él no va más que a Pozuelo, y que los noventa y nueve restantes que los aguante Rita.

Últimamente ha averiguado que le quieren meter en una casa de orates, y ha hecho otra enérgica afirmación: «¡Que si la casa no es de orates frates, que no val!»

Ya veremos en lo que paran todas estas misas.

Una riña.— En una fábrica de sobres de la calle de Relatores riñeron ayer dos operarias por cuestión de pantalones.

Una de ellas, llamada Balbina, y llamada cochina por la otra, la pegó un



Dib. REDONDO. — Madrid.

— Voy a ver si aun viene detrás.

— No mires, no es necesario; ése ya ha caído.

formidable golpe en la cabeza con un frasco de goma de los que se utilizan para el trabajo. Las lesiones que la produjo fueron de tal importancia, que hoy la agredida no podía moverse, cosa que no tiene nada de extraño, pues habiendo empleado para pegarla un frasco lleno de goma, dudamos de que haya quien la mueva del sitio donde la han pegado.

Echándola un poco de agua hirviendo, quizás.

Dos denuncias. — Don Policarpo Manso, habitante en Carretas, 89, denunció esta mañana en la Comisaría del distrito que una cuñada suya había desaparecido del domicilio llevándose un billete de mil pesetas, con el cual estaba completamente seguro de que se había ido a Gijón.

Después añadió que hacía una semana aproximadamente que su mujer se había ido con otro.

Y como en su casa quedaba otra hermana de su esposa y otro billete de mil pesetas, manifestó que buscaba el apoyo del señor comisario para que la aludida, caso de marcharse, se conformase con noventa duros.

El comisario prometió atender a Manso en su justísima pretensión, y ha citado para esta tarde a la referida joven.

También ha quedado en citar a Manso (y éste ha prometido acudir) para darle cuenta detallada del resultado de su intervención.

Se asegura que en este triple lance de honor andan complicados Charlot, el Chispa y el Botones, y que el Manso no se atreve con los tres.

Atropello. — Un tranvía cangrejo de los que hacen el recorrido San Jerónimo-Hermosilla, arrolló ayer a un caballero grueso, produciéndole varias heridas que, afortunadamente, no revisten extrema gravedad.

En la Casa de Socorro, y mientras le curaban, significó la extrañeza que el suceso le había causado, pues, según manifestó, era la primera vez que un cangrejo le hacía daño.

Lo atribuía a haber querido tomar el cangrejo después de beberse un vaso de leche.

Y es eso. Un cangrejo encima de un vaso de leche, y, sobre todo, encima de las costillas y del esternón, no tiene más remedio que hacer un daño tremendo.

Malos tratos. — Un pobre aprendiz que prestaba sus servicios en una sombrerería de la plaza de las Descalzas, tuvo que ser curado anteayer de una formidable paliza que le propinó un dependiente mayor, por negarse a permitirle a quitar del escaparate los sombreros de paja y a trasladarlos a la trastienda.

Aunque la cuestión ha sido motivada por un *quitame allá esos ajías*, el dependiente ha sido encarcelado.

ERNESTO POLO

MÍSTER GÓRDINFFLON VIAJA LA PROCESIÓN DE SALUDANTES

Fué en el monasterio de Veruela, una tarde de agosto.

En el patio de entrada, regalonamente sentado en el poyal de uno de los muros — que al presente albergan un colegio iniguista —, yo departía con mister Górdinfflon, hispanófilo y suscriptor de BUEN HUMOR.

De improviso, por el arco que abriase frontero allá al extremo del patio, vimos salir, de dos o tres en fondo, una retahíla de ensotanados que, con propósitos peripatéticos, sin duda, caminaban en derechura a la puerta en cuya proximidad nosotros estábamos.

Ni mister Górdinfflon ni yo, ante el avance de la milicia ignaciana — a la que dejamos tranquilamente irse acercando —, presentimos lo que con ella se nos venía, y que no era, por cierto, nada difícil suponer. En efecto: sucedió que, como era lógico, cuando pasaron por delante de nosotros los dos peripatéticos primeros, ambos, atentísimamente, echaron mano a la teja y saludaron.

No habíamos apenas concluido de corresponder a la fineza, cuando los ensotanados de la segunda fila, cortesísimos, descubriánsenos al paso.

Yo puse en los ojos de mister Górdinfflon una mirada trágica. Por el arco fatídico, a un veintenar de metros, seguían saliendo tejas.

Me erguí instintivamente.

— ¡Amigo mío, huyamos! — exclamé a media voz —. ¡Esto es un tejari!

Pero él, imperturbable, proseguía desenvolviendo saludos y pagando reverencias y sonrisas.

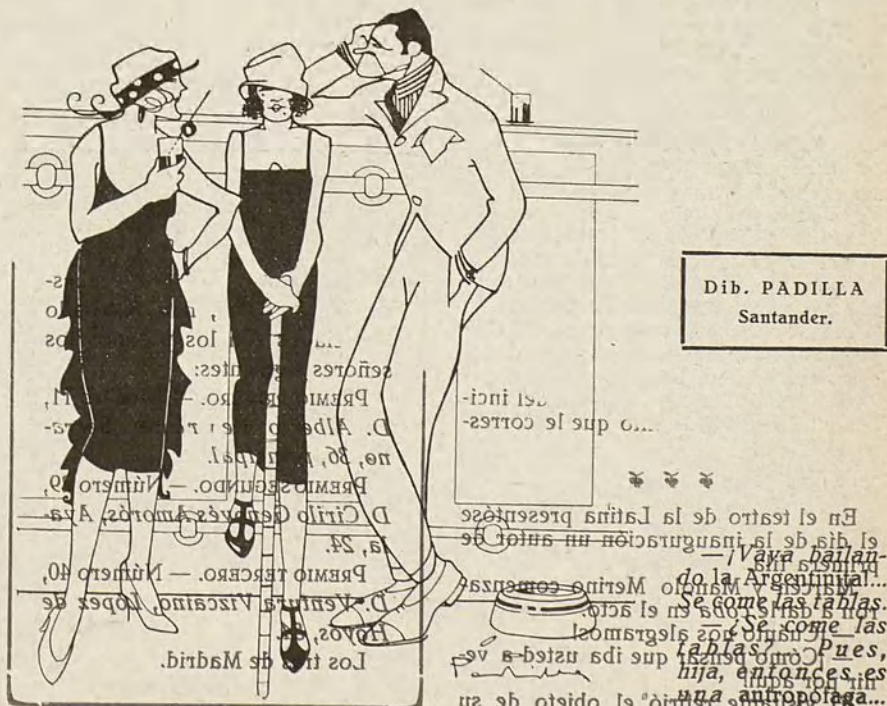
Volví a ocupar, consternado, el banco de tortura. La procesión de saludantes, implacable y fatal, continuaba desfilar ante nosotros. Y cada peripatético, aun ya percatados todos del suplicio a que con sus saludos nos condenaban, había de alzar la teja como sus predecesores, ineluctablemente, en viéndose propincuo.

Yo tuve una inspiración, una idea salvadora, genial: la de depositar mi fatigado *canotier* sobre el poyal del muro. Mister Górdinfflon, en cambio, tuvo lo que se llama un rasgo heroico: no quiso parodiarme. Y mientras yo resaludaba a los saludantes inclinando ligeramente la cabeza, él, impassible, infatigable, espléndido, les soltaba gorretada tras gorretada.

Por fin, *respiramos*: la última teja de retaguardia había cumplido con su deber...

Dos horas más tarde, reparadas en la hospedería nuestras fuerzas y hechas las despedidas, dirigiamonos al encuentro del carruaje que había de restituírnos a nuestro alojamiento. De repente, ahogué un grito y me detuve paralizado por el terror. Bajo el malhadado arco, a nuestro paso, dos tejas se habían alzado sobre dos calvas. Era la procesión de saludantes... y, ¡ay!, de *saludades-pués*.

MANUEL GALÁN



LAS COSAS DE LOS TEATROS TITIRIMUNDILLO

SUPERSTICIONES

Debutaron en Madrid dos buenas compañías líricas: las de Apolo y de la Latina. En ambas, el éxito coronó los esfuerzos de los respectivos empresarios y los artistas lograron sus triunfos correspondientes. Esto es, que, mitad el mérito de los cantantes y mitad lo que hemos dicho unos cuantos en los periódicos, el asunto — los dos teatros — marcha como sobre ruedas.

Pero no es cosa que otra vez comencemos a golpear el bombo en honor de éste y de aquél.

Vamos, pues, a contar dos incidentes cómicos desarrollados en el seno de las respectivas compañías.

Fué el primero con motivo del *début* de la tiple Lolita Díaz del Rincón.

Lolita es guapa, nueva en las lides teatrales, sevillana... y supersticiosa: ahorrémonos decir con ello que el día de su presentación los nervios de la bella tiple eran tal que cuerdas de guitarra.

Lolita no vivía; Lolita estaba inquieta, asustadiza, horrorizada; el público le infundió pavor y la orquesta causábale un irresistible espanto.

A fuerza de voluntad logró ir desechando sus prejuicios y llegó al teatro con un extraordinario optimismo. Y apenas había traspasado la puerta, surgió la catástrofe.

Venía Lolita dominando sus nervios, cuando de pronto surge ante ella uno de los mozos de la Empresa. Verlo la tiple y lanzar un grito agudo, fué cuestión de un segundo.

— ¡Yo no cantol... ¡Yo no cantol...

La Empresa iba de un lado para otro, verdaderamente desolada.

— ¡Yo no quiero cantar!...

— ¿Qué le ocurre a usted?

— ¡Es mala patal... ¡Yo no trabajol...

— Pero eso, ¿qué es?

— ¿Qué es?... ¿Qué es?... ¿Quién les manda a ustedes tener empleados que sean tuertos? Lo primero que he visto al entrar es un ciudadano a quien le falta un ojo, y la hija de mi madre no quiere que la griten esta noche.

Vino, acto seguido, la *pataleta*; después llegaron los llantos.

Lola Díaz del Rincón, que es una buena tiple, obtuvo, por causa del incidente, la mitad del éxito que le correspondía...



En el teatro de la Latina presentóse el día de la inauguración un autor de primera fila.

Marcén y Manolo Merino comenzaron a darle *coba* en el acto.

— ¡Cuánto nos alegramos!

— ¡Cómo pensar que iba usted a venir por aquí!

El visitante refirió el objeto de su

visita: iba a anunciarles el envío de una obra.

Todos mostraban su regocijo ante el rasgo del popularísimo autor.

— ¡Cuéntenos el asunto!

— Está muy bien; pero ya lo leerán ustedes cuando lo traiga. Solamente les adelantaré un *truco* precioso que tiene. Figúrense un encantador de serpientes: el hombre sale a escena, comienza a tocar la flauta y por un ingeniosísimo procedimiento brotan del suelo...

— ¿El qué?

— ¡Los bichitos!

Merino quedó petrificado y Marcén se puso pálido. Hubo un silencio de muerte.

Al cabo de un rato, Marcén balbuceó, aun lleno de terror:

— ¿Y no podía suprimirse ese *truco*?

Merino, detrás de Marcén, murmuraba por lo bajo y nerviosamente:

— ¡Y si no lo suprime, aquí no se estrena esa obra! ¡Lo juro!

¿RECTIFICACIÓN?

Emilio Díaz, de quien nos ocupábamos en el número anterior refiriendo una pintoresca anécdota, ha venido a vernos desolado.

— ¡Hombre, por Dios!... La gente va a creer que yo soy un *curda perdido*. A ver cómo aclara usted ese asunto... Devuélvame usted la buena fama...

No tengo inconveniente en ello. ¿Para qué quiero yo la buena fama de Emilio? Yo la pongo a su disposición desde luego, aunque mediante los trámites de costumbre: en cuanto me demuestre que esa buena fama le pertenece...

José L. MAYRAL

CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

Verificado el sorteo en nuestra Redacción, han resultado agraciados con los premios los señores siguientes:

PREMIO PRIMERO. — Número 11, D. Alberto Pevrona, Serrano, 36, principal.

PREMIO SEGUNDO. — Número 29, D. Cirilo Genovés Amorós, Ayalá, 24.

PREMIO TERCERO. — Número 40, D. Ventura Vizcaino, López de Hoyos, 84.

Los tres de Madrid.

— Señor presidente, como hay crisis, aquí me tiene usted, por si hay alguna cartera.

— Lo siento, amigo mío; pero no hay ninguna.

— El que lo siente soy yo, porque si viera usted cómo ha quedado la mía después del veraneo de la familia.

— Chico, ¿sabes que tengo novia? No te diré que sea muy guapa; pero, en cambio, es más salada...

— ¿Dónde la has conocido?

— Este verano, en un puerto de mar.

— Ahora se explica que sea salada.

Por la plaza madrileña ha desfilado este verano gran número de Charlots.

Los cuales hasta que se abran las Cortes se han quedado sin ocupación.

Porque en el Congreso ya pueden volver a lucirse.

El Sr. Alba, a un Consejo de Ministros le llamó conclave.

Nos lo estábamos temiendo. De un Consejo de éstos, el día menos pensado salen cardenales.

— De modo que usted arrebató esa cantidad de billetes de Banco violentamente y pistola en mano.

— Qué quiere usted, señor juez, bastante lo sentí, porque es contrario a mi carácter; pero si los pido por las buenas, seguramente que no me los hubieran dado.

— ¿Qué es esa cicatriz?

— Mi mujer, que, como el Estado Mayor, ha querido que yo rectificara mi línea de vida.

— Y medió alguna cuestión.

— Justo. Medió, me-dió con la sope-ra en la frente.

«Cincuenta millones para casas baratas.»

¡Caray! Si son para una sola, no resulta tan barata.

Ahora, si son para 50 millones de casas, entonces, sí.

— Chico, con todos estos sucesos estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

— ¿Es que estás asustado?

— No; es que no la tengo.

— De modo, que crisis total.

— Sí; pero pronto se tranquilizaron los liberales.

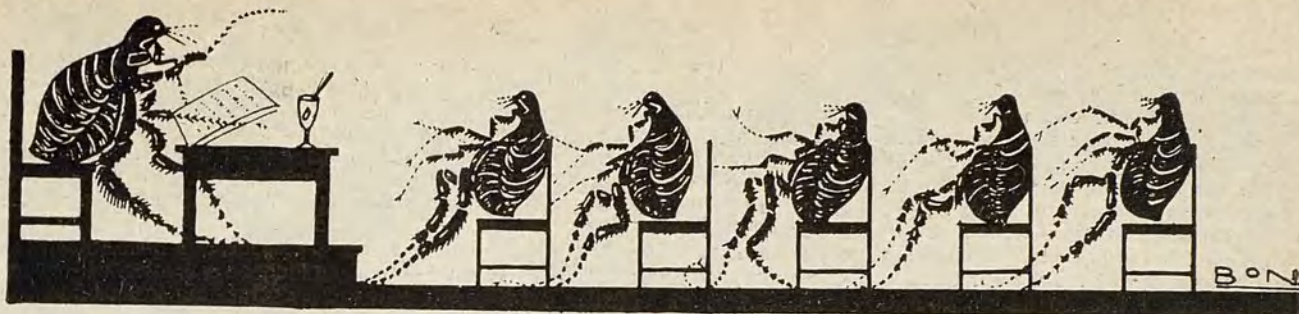
— ¿Porqué?

— Porque Dios Chapaprieta, pero no ahoga.

«El Fomento del Trabajo Nacional arrima el ascua a su sardina.»

Entonces, no es el Fomento del Trabajo, es el Fomento de la Pesca.

Para luego comérsela.



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

Omito, por no hacer prolijo el relato de este episodio, las angustias y los tormentos que hube de pasar en semejante esclavitud, en la que no me quedaba esperanza de posible rescate, porque aquél no era un enemigo regular y civilizado, con el que pudiera pactarse. A partir del siguiente día, me sometió al martirio de aprender, como si fuera un soldado, el ejercicio militar. Me hizo coger, al mismo tiempo que a otras compañeras, un palillo de dientes a modo de fusil, me obligaba a echarlo sobre el hombro y a ponerme en dos patas como los bipedos. Luego, a una voz de mando, nos hacía marchar en línea marcando el paso militar, ponernos en posición de «firmes» y en «su lugar descanso». En fin, una verdadera instrucción de recluta. No tenía el tirano piedad para nuestras lágrimas. Si alguna protestaba de tan inicuo martirio, o se hacía la remolona, o bien era un poco torpe en el ejercicio, el verdugo se apresuraba a amenazar sus carnes con un trozo de carbón encendido. A la menor vacilación podíamos morir abrasadas cruelmente por el ascua. No había otro remedio que obedecer sus órdenes. ¡Y cómo se reía aquella hiena satisfecha de nuestra obediencia forzosal!

Cuando nos consideró aptas en el manejo e instrucción del fusil, comenzamos otro aprendizaje no menos martirizador: el de transportar a grandes distancias cañones de aluminio y carros ambulancias de celuloide, tamaños como lentejas; pero que pesaban brutalmente. A cada vehículo íbamos enganchadas, por cadenas de oro microscópicas, cuatro pulgas, dos a dos, igual que si fuéramos estúpidas caballerías. Jamás he sudado tanto como en aquella época. ¡Qué punzantes agujetas tuve en los anillos y en los muslos los primeros días de estos trabajos forzados! Pero no era solamente el martirio físico lo que teníamos que soportar; era también el insulto soez para nuestras familias; las alusiones mortificantes para nuestros padres y para toda nuestra raza. Era tan cruel, que, para denigrarnos, su

canción favorita durante los ejercicios era ésta:

«Una pulga saltando
rompió un lebrillo,
la tinaja del agua
y el cantarillo.»

Con tan insidiosa coplilla pretendía motejarnos de bastas y de locas, y eso lo hacía impune y cobardemente con seres encadenados que no podían defender su dignidad agraviada.

Después de cada jornada de instrucción nos permitía que hiciéramos una comida abundante. Para ello nos colocaba sobre su brazo desnudo hasta que nos hartábamos... ¡Con qué ahinco le clavaba yo en la carne! Hubiera deseado que mis filamentos agudos tuvieran diez centímetros de longitud para atravesarlo de parte a parte. Porque no nos daba de comer por generosidad, sino por egoísmo, puesto que no convenía a sus intereses que ninguna de nosotras pereciera.

IX

La única justicia que ¡le debimos a aquel hombre, fué denominarnos públicamente las *pulgas sabias*. Con esta calificación nos exhibía en todas las plazas y en ciertos cafés de baja estofa de Madrid y de provincias. En todos los sitios obtenía excelentes recaudaciones

en dinero, porque la gente se maravillaba de nuestro trabajo. Nuestro verdugo vivía con la esplendidez de un príncipe, a costa de nuestro esfuerzo y de nuestras lágrimas. Recorrimos en una *tournée* de varios meses todas las capitales y algunos pueblos de España; y lo más indignante de esta horrorosa odisea era que todos los elogios de los espectadores se los dedicaban al domesticador, sin discernir que aquellas maravillas se debían exclusivamente a nuestra clara inteligencia... ¿A que no hubiera obtenido el mismo resultado con el trabajo de las personas? Si no, ¿por qué no domesticaba hombres aquel miserable?

Sólo disfruté un consuelo en medio de tan angustiosas vicisitudes: la presencia y el amor infinito de mi novio, que me siguió a todas partes, infatigable y constante. En todos los viajes que hicimos, Miltu conseguía acompañarnos metido en la camisa de nuestro carcelero. Con cien vidas no le pagaría yo los peligros que hubo de afrontar a diario por no separarse de mí. La pena y el ajetreo le desmejoraron notablemente, hasta el extremo de que se le quedaron anchos los ocho anillos de su vientre gentil.

Por las noches, después de cenar, mientras el hombre vil estaba ausente, Miltu y yo nos comunicábamos las penas de hoy y las esperanzas en un ma-



ñana más venturoso. Mi madre, por tristes razones que yo desconocía, y que la obligaban a vivir en su aislamiento, no pudo ir a verme mientras estuve fuera. Pero me escribía por conducto de Miltu, sin sospechar, o fingiendo no sospecharlo, que era mi novio. ¡Qué cartas recibí de ella más llenas de dolor! Me decía que el cuarto de baño sin mí, que lo alegraba todo, era una tumba silenciosa y fría, lo mismo que su corazón de madre. La gota de agua que caía rítmicamente del grifo de la bañera, no parecía ya una música grata como antes, sino un canto funeral.

En el otoño regresamos a Madrid, y nuestro carcelero nos hacía trabajar todas las mañanas y todas las tardes en la plaza de la Cebada, ante un concurso que apestaba a cebolla y a apio, y se divertía a carcajadas con nuestro martirio, sin dejar de ofendernos comparándonos con otros animales inferiores, como las mulas, los perros amaestrados, los elefantes de circo... ¡Qué se yo las impertinencias que les inspiraba su incultura!

Por fortuna, no hay mal que cien años dure. Una noche, Miltu, tembloroso de alegría y de emoción, me inundó el alma de júbilo con una noticia extraordinaria. Había requerido la intervención inmediata del Sindicato local de dípteros de *Pulex*. Por la tarde se celebró en el domicilio social una Asamblea magna, y en ella, después de fogosos discursos y de vibrantes alocuciones pa-

trióticas, en que se invocaron los prestigios y la dignidad de la raza, se acordó por unanimidad no regatear sacrificio, medio ni recurso alguno hasta conseguir nuestra liberación. Miltu, por amor y por delicadeza, me ocultó entonces un incidente muy desagradable para mí; y fué que Tulizol pidió la palabra para exponer a los asambleístas que yo no era digna, por mis antecedentes familiares, de disfrutar del derecho a la intervención del Sindicato y del beneficio de la libertad que se otorgaría a mis compañeras de esclavitud. Su denuncia produjo una enorme sensación, y se le conminó a que fundamentara una acusación tan grave. Pero mi novio habló para una cuestión de orden, y explicó, indignado, que el miserable Tulizol inspiraba su actitud en una venganza por haber sido rechazado en sus pretensiones amorosas. La elocuencia de Miltu llevó al ánimo de la Asamblea el convencimiento de que el acto realizado por Tulizol, atacando cobardemente a una dama, era contrario a nuestras prácticas de galantería, y todos los sindicatos, puestos en dos patas, pidieron la expulsión del local del indigno impostor.

La Asamblea designó un Comité de acción encargado de ejecutar su acuerdo aquella misma noche, mientras ella se constituía en sesión permanente para resolver otros asuntos de importancia.

No se mostró, en verdad, negligente el Comité. Al filo de la media noche, en

tanto que dormía nuestro verdugo, diez o doce pulgas robustos y entusiastas, a la cabeza de los cuales iba Miltu, llegaron provistos de fuertes sierras de pelo. Iban dispuestos a morir por nuestra libertad; pero, a fin de no hacer fracasar el *complot*, marchaban de puntillas y silenciosos.

En menos de una hora nuestras cadenas quedaron aserradas y libres nuestras patas. ¡Qué alegría recibimos! ¡Qué jubilosa impresión de vida nueva nos invadió! Saltábamos a tontas y a locas, sólo por saltar, por convencernos de que éramos seres libres. El que no la haya perdido no sabrá nunca lo hermosa que es la libertad individual. Nuestros salvadores, conscientes de su responsabilidad, nos hubieron de imponer prudencia y mesura. Sin embargo, antes de abandonar la prisión maldita, hicimos un acto de afirmación de raza. Con las mayores precauciones nos dirigimos al lecho en que dormía el verdugo, saltamos sobre la almohada y nos colocamos en círculo. Yo recibí el encargo honoroso de inferir a aquel hombre una injuria en representación de toda la especie. Lo hice copiosamente en la punta de la nariz, y además le piqué con saña. El carcelero se agitó, se dió un papirotazo en el órgano nasal y murmuró en sueños palabras ininteligibles.

Nosotros, entonces, nos pusimos a cantar a coro la conocida fábula de Samaniego

«Éste es un hombre que a los dioses clama porque una pulga le picó en la cama...»

Quando nos cansamos de reír a su costa, fuimos al Sindicato para dar las gracias a la Asamblea. Miltu fué el encargado de expresar el sentimiento de gratitud de todas las manumitidas, y pronunció un discurso en tonos tan levantados y conmovedores, que al terminarlo estalló una estruendosa salva de aplausos. Luego asistimos a la votación de las *Conclusiones*, que eran las siguientes:

1.^a Trabajar por la emancipación de todas las pulgas que explotan los hombres vividores.

2.^a Solicitar la disolución de todas las Sociedades Protectoras de Animales y Plantas, que no servían absolutamente para nada.

3.^a Pedir la supresión del dedo pulgar derecho de las personas, que era para las pulgas lo que el terrible aparato de M. Guillotin para el hombre.

4.^a Hacer rogativas para conseguir que las personas criaran mejor sangre; y

5.^a Realizar una activa campaña de artículos en el periódico *La Pulgada*, órgano oficial del Sindicato, y actuar en la vida pública para reivindicar a las pulgas en todos sus derechos políticos y sociales a fin de dignificar la especie.

Las cinco *Conclusiones* fueron votadas por aclamación.

(Se continuará.)





Dib. Elías Díaz. — Gijón.

ELLA. — Tengo que querer más a Amadeín que a ti. Es mucho más chic. Hace ciento treinta a la hora, toma doce whiskeys seguidos, es maurista, y, por si esto fuera poco, tiene una amigueta checoslovaca... En cambio, tú... sólo tienes una carrera...

ACTUALIDADES

EL ARRASTRE DE CHARLOT

No pueden eternizarse y repetirse en un mismo circo las mismas suertes de un *clown*. Los grandes artistas del circo son artistas rotatorios, y cuentan con todas las pistas del mundo, que, como se sabe, tienen la misma circunferencia. Pero ¿qué otras pistas que las pistas nacionales de esas dimensiones y con toda la preparación y el culotamiento taurino pueden utilizar los artistas charlotestos del toreo?

Su proyección tiene una retirada obligada. No les renueva lo que renueva el toreo, la dificultad frente a un gran peligro y la solemnidad de la ejecución. Tiene el toreo la belleza dramática de una carcería, en que, en vez de matar al jabali, se le sortea hasta el final, en que el redentor viene y lo mata. Si el toro hubiera sido un animal grotesco y sin peligro serio, si en vez de cornear trágicamente hubiera coceado, no habría habido fiesta nacional.

Charlot, Llapisera y su Bo-



tones tienen que dedicarse a otra cosa.

Quizás a fundar una murga gaditana, quizás a torear a los cuernos de la Luna.

Personajes de película taurina desde su nacimiento, deben volver a la película y tomar parte en otros *films* de título diferente: «Charlot, Llapisera y su Botones en el país de los osos», «Charlot, Llapisera y su Botones con Mussolini», «Charlot, Llapisera y su Botones toman parte en una carrera de camellos.»

A última hora resultaba poco cómico oír el bramido trágico del toro, mientras saltaban al marro los tres.

LAS TERRAZAS

— Tengo una terraza — dice muy orgulloso el que posee esa plataforma junto a las nubes.

El que se siente con terraza cree te-

ner un palco de los cielos, jardín, hotelito de verano, etc., etc. Pero yo no he visto suspirar tanto por las terrazas como a Canetti, el naturista: «¡Si yo encontrase una buena terraza, tendría resuelta mi vida!», solía decir cuando en Madrid no había apenas terrazas. Sólo después de muchos suspiros encontró una y llevó una temporada feliz, la mejor temporada de su vida, acostando al Sol y regando con una regadera a las mujeres y a los caballeros que se desnudaban en su *solarium*.

Sin embargo, una terraza no es práctica para vivir en ella. Hace un gran calor durante todo el día, y no compensa de ese calor, digno de los *plomos* de Venecia, su noche constelada y abanicada por vientecillos exquisitos. Por eso casi todos los dueños de terraza se van a veranear, y sólo quedan encendidas en las noches de agosto las terrazas de los recalitrantes.

Resultan escandalosas en la noche. El hombre gordo vestido de blanco lee un periódico bajo el revuelo de una bombilla funámbula de un alambre que corre de lado a lado de la terraza. Hay cierta deshabitación en esas alturas, y es como patio destartado de las nubes ese trecho de la terraza.

Muchas veces toda la casa está oscura y cerrada hasta septiembre, sin que por causa del terracista impenitente se pueda pegar en la puerta ese cartelito de «Según costumbre...»

Todos los gestos de los terracistas se ven, y como a veces proyectan sombras chinescas inmensas, se les ve llevarse a la boca una tajada de elefante con el tridente de Gargantúa. Son retazos de películas reales los que vamos viendo en nuestro paso por la ciudad al mirar las terrazas. Allí dos sombras se dan el beso de las primeras películas que se proyectaron en los cines; en ese otro lado el humo de la cazuela que sacan a la mesa es como un incendio en su proyección sobre la pared de enfrente; en esa otra una silueta de niña con una trenza respingona da saltos de alegría...

Las terrazas en la noche respiran, se sienten felices, son camarotes de primera en lo más alto de sobre cubierta. Sus botijos tienen siempre un agua de fresca tormenta, y al elevarlos

sobre el cielo para beber, parece que el que bebe se echa un trago de las nubes, directamente, sin intermediarios de ninguna clase.

Cuando tienen un toldo, la sensación de barco se pronuncia más, y su modo de izar las telas del toldo tiene algo de dotar de velamen a la terraza.

Los terracistas lanzan bostezos libres al cielo, y en alguno de esos bostezos se tragan alguna estrella. Por eso hay que tener mucho cuidado de no bostezar en las terrazas destapadas.

Tienen las terrazas una cosa de porterías de lo alto, y parece que es por ahí por donde entran en la casa los ángeles de la guarda, los aparecidos, los aviadores extraviados...

— ¿Sabe usted si vive aquí don Fulano de Tal?

— ¿Es aquí donde acaba de nacer un niño?

— ¿Qué número es éste, me hace el favor?

Los porteros de lo alto tienen sus reuniones de portería en las altas terrazas, y propalan entre sus visitas todas las historias de la vecindad con reticen-



te comadrería, porque ellos están por encima de todas ellas y porque nadie les puede oír allí arriba.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

¡QUÉ CASUALIDAD!

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

I

A causa de un pisotón
que al descender del tranvía
le di a un señor que subía,
tuve una grave cuestión.

Tropecé violentamente
con aquel animalote,
señor de rubio bigote
y gafas bajo la frente,
y aunque le pedí perdón,
se creyó tan ofendido,
que hasta me llamó bandido
y sinvergüenza y ladrón.

Se cruzó, tras de la lid,
su tarjeta con la mía,
y la suya así decía:
«Juan Ribot, marqués de Olid.»

Claro es que yo le insulté
también con saña y a voces,
y no le di un par de coces
porque no tengo con qué;
pero juré, hecho una fiera,
que allí donde le encontrara,
le escupiría en la cara
tan pronto como le viera,
dispuesto, sin duda alguna,
no solamente a insultarle,
sino además a sacarle
las tripas una por una.

II

¡Oh peregrina sorpresa!
El día del altercado
fui casualmente invitado
para cenar en la mesa
de don Melchor del Berrido
y doña Engracia de Ozores,
que para mí son señores
de verdadero cumplido.

Ya en casa de don Melchor,
dispuesto para cenar,
vi casualmente, al mirar
la mesa del comedor,
que en uno y en otro lado
cuatro cubiertos había,
y vi que correspondía
el cuarto a otro convidado,
señor de rubio bigote
y gafas bajo la frente,
que me miró fijamente
y se rascó en el cogote.

¿Quién fué el que con frases finas
se colocó junto a Engracia?
Lector, con tu perspicacia,
no sé si te lo imaginas.

¿Acaso el marqués de Olid?...
No tal: don José Mendoza,
notario de Zaragoza
recién llegado a Madrid.

NOTAS DE SOCIEDAD INCÓGNITA DESPEJADA

¡Brillante era porque sí aquel día el
jueves de la excelentísima señora mar-
quesa del Templeque!

Muchos niños monos, con su eterno
jay, que me troncho!, en los labios, acu-
dieron para bailar y presumir de ele-
gancia.

— ¿Cómo no habrá venido al té nues-
tro amigo Carlos? — inquirió alguno.

— Por falta de apetito — se apresuró
a decir un guasón.

— No creo que para asistir a esta
fiesta se necesite tener apetito — clamó
enfadado el primero.

Pero un nuevo contertulio calmó los
excitados nervios explicando la ausen-
cia del popular Carlitos.

— No asiste, sencillamente, porque se
ha deshecho su boda.

Sensación.

— ¿Que se ha deshecho?... ¡Si pare-
cían amarse de verdad!

— Claro que sí; pero no por eso deja
de existir un motivo poderoso: Carlos
ha demostrado ser un retrógado, un
hombre de poco gusto, y poco compla-
ciente al mismo tiempo. ¡Carlos no ha
querido limpiar su boca con los denti-
fricos Sanolán!

¡Tableau!

A. L.



CULTURAL. — «Fué un encuentro muy reñido...»

Dib. DURÁN. — El Escorial.

DEL BUEN HUMOR AJENO

"BELFEGOR", por
Henry Falk

Diplomático y soltero, disfrutaba de una buena fortuna y una calvicie que le daba cierto aire de distinción; el joven Escampette pretendía la mano de Suzy Lepostol, una linda viuda, maravillosamente rubia, de carácter sensible y vivo.

Sentado en el borde de una silla, con los guantes amarillos, el monóculo en ristre y la sonrisa en los labios, Escampette esperaba a su amada; pero fué *Belfegor* quien entró.

Belfegor era un hermoso perro lobo de bellísima línea, a quien Suzy quería entrañablemente. A Escampette le molestaba un poco, y fingió no apercebirse de su entrada; pero el perro se sentó a su lado y emitió un gruñido melancólico. En aquel momento Suzy apareció envuelta en una bata elegantísima.

— Pero, querida, ¿cómo no se ha vestido usted aún, si tenemos que ir al bosque a tomar el té?

— ¡Oh! — suspiró Suzy —. ¡Ni pensar en eso! *Belfegor* está enfermo.

— ¡Pobrecillo! — exclamó Escampette simulando un gesto de piedad —. ¿Y qué tiene?

— Diabetes.

— ¿Diabetes?...

— Sí. ¿Acaso *Belfegor* no puede tener diabetes?

— No; si yo no digo... ¿Cómo ha sido eso?

— Pues, según me ha explicado el veterinario, la diabetes puede obedecer a tres causas: exceso de alimentación, exceso de amor o exceso de pensamientos. Mi perro está a régimen. Se puede garantizar su castidad. Solamente quedan los excesos intelectuales. Es tan inteli-

gente, que ha debido atrofiarse el cerebro y por eso está diabético.

Escampette, cortés y enamorado, no se atrevió a objetar nada. Suzy prosiguió:

— Este es el diagnóstico; pero para ver su exactitud, el veterinario quiere hacer un análisis, y por eso espera el momento en que *Belfegor*...; porque tiene sus horas, como todo perro bien educado. Cuando llegue, yo recogeré en un frasco...

— ¿No cree usted que la criada podría hacerlo?

— ¡Ah!... ¡Ya sabía yo que usted no ama a *Belfegor*! ¡Una cosa tan delicada! Escampette protestó de su amor por el perro y se sentó al lado de Suzy, que tenía el frasco en la mano.

— ¡Las cinco! Mire usted cómo se inquieta y busca la puerta. Ven, pobrecito mío, vamos a la cocina.

Escampette se quedó sólo en el salón. Diez minutos después apareció Suzy con el sombrero puesto.

— De ningún modo ha consentido en casa. Su educación se opone. Me he vestido de cualquier modo y bajaré a la calle. ¿Me acompaña usted?



Hacia un tiempo espléndido y la calle estaba animadísima.

— Sujete bien la cadena para que no se escape. Yo pondré el frasco.

Belfegor, mientras tanto, había olfateado con gravedad un muro, y se determinaba, cuando vio acercarse a su ama con el frasco y siguió andando silenciosamente.

Esta escena se repitió varias veces más, entre la curiosidad de los transeúntes.

— Pruebe usted, Escampette. Quizás sea usted más feliz que yo.

— ¡Qué hacer! — dijo el diplomático cogiendo el frasco con la mano enguantada.

Belfegor, entonces, de un fuerte tirón desprendió la cadena de manos de Suzy y echó a correr como una exhalación.

— ¡Le ha asustado usted con el monóculo!... ¡Cójalo!... ¡Corra usted!... ¡Que se va a perder!...

Con el frasco en la mano, Escampette corría tras el perro, gritando:

— ¡Toma, toma!... ¡Dios mío, da vuelta a la esquinal!...

Por casualidad, en un rincón del bulevar, un muchacho cogió la cadena y devolvió a *Belfegor* a poder del diplomático, sudoroso y jadeante.

— ¡Oh, qué ideal! — pensó Escampette —. Desde aquí no se ve a Suzy. ¡Acabemos de una vez!

Y dirigiéndose al muchacho le dijo: — Guárdame el perro un minuto.

Poco después, Escampette se reunía con Suzy. Con una mano sujetaba a *Belfegor* por la cadena, y con la otra el frasco, con cuidado, para no verter el contenido. Al verlo, exclamó Suzy: — ¡Cómo!... ¿Ha podido usted?...

— Yo sólo — afirmó con aire triunfal.

Algunos días más tarde Escampette hacía el amor a Suzy, cuando anunció al veterinario.

— ¿Qué hay del análisis, doctor?

— Señora, tiene usted un perro extraordinario. Padece inflamación del bazo.

— ¡Dios mío!...

— Tranquílcese, señora. Esta afección, benigna en un animal, es mortal en el ser humano.

— ¡Dios mío!...

Esta exclamación salía de la boca de Escampette, que, extraordinariamente pálido, desapareció apresuradamente.

A. R. H.



— Este pescado no está bueno.
— ¿Que no está bueno el pescado?... ¿Y cómo estaría usted si hubiera pasado tanto tiempo bajo el agua?...

(De Le Rire, de París.)



— Teníamos otros dos gatitos muy monos; pero el tío mandó que los bañásemos en el mar, y se han debido ir a Francia nadando, porque no los hemos vuelto a ver...

(De The Humorist, de Londres.)

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO
 Primera marca mundial. LOGRONO

A M A D O R
 — FOTÓGRAFO —
 PUERTA DEL SOL, 13

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
 MADRID

M. G. Madrid. — ¡Allá va esa preciosa composición!

»TUS OJOS NEGROS

»Negros son tus ojos
 Niña,
 Negros son tus pensamientos.
 El encanto in conparable de tus ojos
 Echiceros,
 llena miesistencia,
 niña, de pesares y tormentos;
 ojos que cuando memiras seme abraza todo el cuerpo,
 ojos de abismo que encieran poemas de amor intensos,
 ipor eso te de dico por tus ojos estos beras; tus ojos seran mibida mien tras los llebes tan negros.

MAXIMIANO GÓMEZ.»

(Stc.)

»Tienes los ojos tan negros como
 Tus entrañas, niña;
 Tu seras mi perdicion, sino mequieres, mi bida.

»llano me quieres ami, porque te quiero de beras, algun dia tea cordaras del que te quiso de beras.

»oy que teas con ben cido de que te quise de beras, me vienes diciendo ami que llo ati te quiera.

»pero no te estrañe ati que oy te diga que no, pues me quiere otra mujer de todo corazon.

»así que llano me digas que me quieres onono, antes llo te queria, y tu medigistes queno.

MAXIMIANO GÓMEZ.»

(Stc.)

¿Qué tal? Parece mentira, ¿no? Pues es verdad. Por la salud de nuestro director.

E. D. Toledo. — Todo está permitido menos las cochinerías. Usted creerá que eso puede tener gracia; pero nosotros podemos discrepar de ese criterio.

R. A. S. Madrid. — Muy hecho.

F. C. — Bilbao. — No sirve, es una tontería.

Hemos admitido los dibujos siguientes: Tres de Galindo, y uno de Alfonso, Rubio, Mendoza, B. Be y Buk.

En cambio, hemos rechazado los de los señores que figuran en la siguiente lista:

Ocho de Kako y Colima; cuatro de Enrique M.; tres de A-Rito, Pin-Pérez y Baró; dos de Nolo, Grimaldos, Mendoza, Alberto, Espinosa, Cisneros, Cuéllar, Raganto y Ossorio; uno de Berna, As, Martínez P., Pio, Burgos, Drago, Rubio, Stilo, B. Be, C. B. B., García Medina, Buk y Delgado.

El señor que firma Kako, haciendo honor a su seudónimo, nos envía varios fusilamientos de periódicos franceses. ¡Es de cuidado el amigo!

R. G. — T. A. — F. B. S. Jerez de la Frontera. — Tampoco.

Pierrot Cuota. Larache. — Atrevidísimos sus versos.

Torrarias. — Si quiere usted lo publicamos



como anuncio de esas salutarísimas aguas minerales. Adjúntenos quinientas pesetas.

MADRINAS DE GUERRA

Lista que nos facilita la importante oficina que hemos montado con ese objeto en vista de la gran cantidad de peticiones.

Luis Urquijo, Antonio Ruiz, Luis Ortega, Nicanor Clavel, Julián Vázquez y Felipe Ruiz, de la compañía de Telégrafos de campaña (Ceuta).

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

Antonio Naya, artillero segundo de la primera batería de posición de la Comandancia de Artillería de Larache, en Tefter.

Pedro Viruete y Eduardo Fidalgo, del regimiento de Infantería de Ceriñola, número 42, sexta compañía del tercer batallón, Melilla.

Marcelino Miñambres, Isidro Salas, Antonio Sánchez Rodríguez, Blas Serrano, Francisco Sandoval, José Hernández, Ginés Conesa y Elisardo López, de la tercera batería de posición, sección de Dar Meftah (Larache).

Jacinto Lerma y Vicente Persurro, cabos de la mehallá jafifiana de Xauen (Tetuán).

Francisco de Luque y Zumaltu, José Luis Gómez del Castillo y García de Acebal, Juan Ximénez de Fonteblanca, Antonio Montalbán de las Torres

Goza en la tierra aquel que a «Buen Humor» se suscribe; pero va al cielo el que usa Licor del Polo de Orive.

de Valmaseda y Lucrecio del Castaño, soldados del segundo batallón expedicionario de Covadonga, número 40, primera compañía, en Alcázarquivir (Larache).

El cabo Agustín de Perosanz y los soldados José González y Eugenio Torres, de la compañía de Telégrafos de campaña, de Tetuán.

Martín Gómez, cabo de la mehallá jafifiana de

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Xauen, número 4 (Tetuán), desearía que fuera de Lavapiés y con dinero.

Antonio Gutiérrez y Gutiérrez, del batallón de Cazadores de Madrid, número 2, sexta compañía, y Francisco Ortiz Luna, de la compañía de Telégrafos de campaña, de Tetuán, destacados en Akarrat (Tetuán).

Ricardo Márquez Martín y Manuel Rincón Fernández, de la mehallá jafifiana de Xauen, número 4 (Tetuán).

Antonio Uceda, Parque de automóviles de la estación radiotelegráfica, cabo radiotelegrafista, Tetuán.

Torción Burguera y Miguel Noviala, del Centro Electrotécnico; Pablo Escanella y Luis Sevilla, del batallón de Valladolid, número 74, segunda compañía; Francisco Zamora, de carros de asalto de Artillería, y Julio Maestro, de Aviación militar, todos en Melilla, no tienen compromisos amorosos.

Gerardo Alfonso, sargento de las oficinas de Estado Mayor de la columna de Tafersit, proximidades de Tizzi-Assa (Melilla), que sea bonita.

NOTA. — Procuren los peticionarios dar las señas y los nombres con toda claridad.

M. S. L. Madrid. — El mundo no es sólo para los consagrados; pero un hombre que empieza sus versos así:

«— ¿Qué haces aquí tan perenne,
 con la cara de bizcocho?
 »— Pues esperando el tranvía,
 a ver si puedo tomar
 uno del cuarenta y ocho...»

es para que viva en la mayor oscuridad literaria toda su vida.

A. F. J. Madrid. — R. M. Madrid. — G. de C. Al-

bacete. — P. B. San Fernando. — No sirven.

F. M. A. Madrid. — No vale nada.

E. H. M. (Arlequin). Madrid. — Tampoco.

T. Z. Madrid.

«PAISAJE CUBISTA

»VERSOS OCTAÉDRICOS

»En la bóveda celeste,
 cuya luna triangular
 vierte majestuosamente
 su blanca luz estelar,
 brillan mil y mil estrellas
 con luz que brota a raudales
 y las sombras de las casas
 son sombras octogonales.

»El silencio se mastica como fruta poliédrica
 cuya digestión difícil
 se hace a veces exaédrica.

»Extasiado e indeciso ante maravilla tanta,
 una cuadrangular sombra
 a mi vista se levanta.

Ni eso es cubismo ni usted tiene nada dentro de la cabeza.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En una librería.
LA SEÑORA (hojeando una obra nueva). — ¿Supongo que este libro podrá leerlo una señorita?
EL LIBRERO (en su afán de vender). — ¡Húyl... ¡Sí, señora!... ¡A ojos cerrados!

Fátima. — Zaragoza.

— Pequeño, baja a la calle y mira qué hora es en el reloj de sol.
— Pero, papá, si es de noche.
— Anda, tontín, que ya te alumbraré yo con una vela desde la ventana.

A. Bayona. — Zaragoza.

Cumpliendo la orden.
Un coronel ascendido a general, da un banquete a su regimiento.
Al dirigir la palabra a los soldados les dice:
— ¡Caigan ustedes sin compasión sobre la comida, y trátela como si fuese el enemigo!
A la terminación del banquete sorprende a un sargento en el instante en que éste esconde dos botellas de vino.
— ¿Qué hace usted? — le pregunta el coronel.
— Obedezco sus órdenes. En la guerra, cuando no se puede matar a los enemigos, se les hace prisioneros.

José Echevarría. — San Sebastián.

En el circo.
— Hay que ver, madre, qué bien guarda ese hombre el equilibrio con cuatro copas.
— ¡Bah!... Para milagros de esos, tu padre los sábados.

Ansuadesa. — Madrid.

Un contable leyendo Historia:
«... El rey mostró a sus tropas los campamentos enemigos, uno más grande que el otro, y después de tomar el chico, sentó sus reales en el mayor.»
— ¡Eso de sentar el dinero en el Mayor, lo hago yo todos los días!

M. Conde. — Madrid.

Después del crimen.
— ¿Así es que usted confiesa que cortó la cabeza a su víctima?
— Sí, señor juez... Pero le juro a usted que mi intención no fue hacerle daño... Yo nada más quería asustarle.

A. T. — Madrid.

— ¿En qué época empezó la primera persecución contra los cristianos?
— En el año setenta y cinco antes de Jesucristo.

M. C. — Madrid.

Fragmentos de cartas.
«Piénselo usted bien... Si no corresponde a mi amor, me pegaré un tiro...»
«Le he consultado a mi marido lo que me dice en su carta, y éste me encarga le regale en su nombre la adjunta pistola, cuya marca es la mejor que ha encontrado.»

Un vizcaino. — Madrid.

— ¿Y qué has contestado a las atrevidas proposiciones de ese hombre?
— Nada, mamá.
— Pues eso me parece ya demasiado.

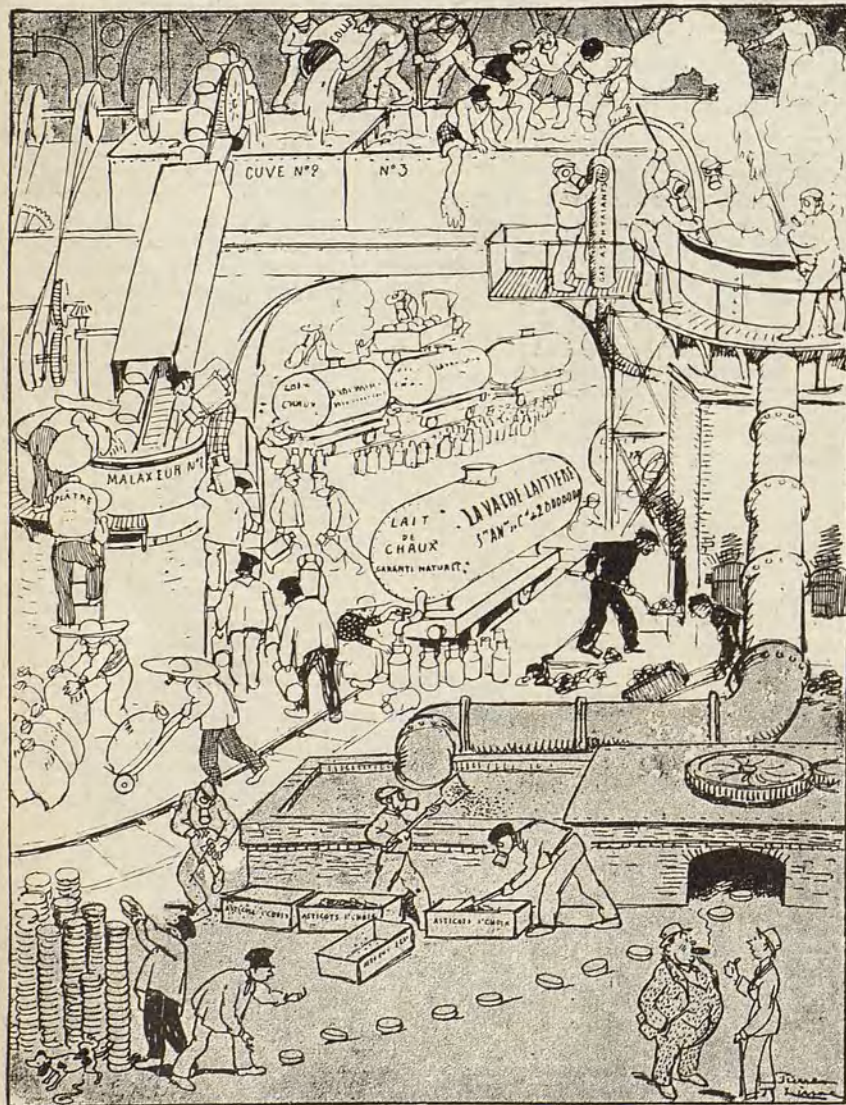
Luis. — Córdoba (República Argentina).

En un restaurante.
— ¿Quiere el señor costilla a la manzana?
— De ningún modo; esas son las dos cosas que perdieron a nuestro padre Adán.

Chindasvinto. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Junco, de Madrid**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



LAS INDUSTRIAS MODERNAS. — Una fábrica de quesos.

— Admirable la instalación... Pero ¿dónde están las vacas?
— ¡Las vacas!... ¿Para qué queremos las vacas?

(De Le Rire, de Paris.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura evidentes*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de *finísima pasta de almendras y jugo de rosas*. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. ARISTO-TÉLLEZ. — Madrid.

— Mira, Luisín. No pidas nada a papá estos días, porque el pobrecito anda muy mal de dinero.
— ¡Que te crees tú eso! ¡Así que no he oído yo a la chacha decirle que es muy rico!

Ayuntamiento de Madrid